

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquivo :
Pues ¿ á quién, si arde viva
La fe en su pecho, el ánimo le falta ?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
Que aquel combate á muerte
De generosa emulación los llena.
¡ Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error ; pero eres buena !

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
Hábiles y ligeros,
Abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡ Vana ilusión ! ¡ La mar embravecida
Con fuerte sacudida,
Pedazos hecho le arrojó á la playa !

CLXXI.

— ¡ Señor ! Tus altos juicios no escudriño ! —
 Llorando como un niño,
 Gimió en su angustia el viejo venerable.
 — Pero no hay tiempo que perder. ¡ Subamos,
 Hijos ! Tal vez podamos
 Desde el mismo peñón echar un cable. —

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,
 A la empinada cumbre
 El grupo corre, y con empeño lanza
 El recio cabo á la corriente ciega ;
 Mas ¡ ay ! que nunca llega
 Al náufrago batel. ¡ No hay esperanza !

CLXXIII.

¡ No hay esperanza ! El cura consternado
 Increpa al mar airado.
 Sin freno alguno que su empuje venza,
 La tempestad incontrastable brama.
 Y el noble anciano exclama :
 — ¡ Hijos míos ! ¡ Yo acabo, y Dios comienza ! —

CLXXIV.

¡ No hay esperanza ! Y la barquilla aún flota
Desgobernada y rota.
Aún los pobres remeros, más audaces
Cuanto más la borrasca se acrecienta,
Lidian con la tormenta
Desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿ Dónde tender la salvadora amarra ?
¿ Cómo cruzar la barra
Que el paso cierra del canal estrecho,
Si ya tiene la barca pescadora,
Quebrantada la prora,
El casco hendido y el timón deshecho ?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.
¡ Ya es suya ! Todavía,
Resistiendo en los frágiles despojos
Del roto barco, en su ansiedad suprema,
La genta rema, rema,
Rema, y nublan las lágrimas sus ojos

CLXXVII.

¿ Qué busca ? ¿ A dónde va ? ¿ Por qué se afana ?

Su resistencia es vana.

¡ Ay ! la esperanza al corazón se aferra

En los casos adversos é infelices.

Aun más que las raíces

A las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

— Juan, lárgame una estacha !— grita el bravo

Miguel, — y por un cabo

Átala pronto y bien, que si consigo

Con el otro nadar hasta la orilla,

Podrá nuestra barquilla

En la gruta del faro hallar abrigo. —

LXXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.

¿ En qué pensaba ? ¿ Cabe

Dudarlo un punto ? En el edén perdido,

En su infeliz mujer, en el risueño

Ángel, que vió en un sueño,

Huérano ¡ ay triste ! aun antes de nacido.

CLXXX.

De pronto grita Juan :— ¡ Ahí va la estacha !—
Miguel la frente agacha
Para esquivar el golpe ; mas Roberto.
Cogiéndola en el aire de improviso,
Prorrumpe :— No es preciso :
Yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,
Y en él, como la pura
Lámpara de un altar, arde escondida,
Le inspiró, en su postrera llamarada,
Ofrecer á su amada
No sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,
Y á su cintura anuda
La retorcida cuerda. Intenta en vano
Resistirse Miguel en són de queja,
Y se obstina, y forceja,
Y arrancársela quiere de la mano.

CLXXXIII.

— ¡Quita! — Roberto exclama: — ¡Si en un credo
 Ganar la costa puedo!
 ¡Es inútil que chilles: no te escucho!
 Esto sería asesinar á Rosa. —
 Y con voz temblorosa
 Dice, saltando al mar: — ¡Quiérela mucho! —

CLXXXIV.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,
 Y sin temor confía
 A sus robustos brazos su defensa.
 Pero de pronto, en turbio remolino,
 A trastornarle vino
 Ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,
 Y en desigual batalla
 Le revuelca, le arrastra y le sofoca.
 Desaparece el desdichado, juega
 La onda con él, y ciega
 Le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
Desencajada, inerte,
De pie sobre la mole de granito
Que sacude la mar tempestuosa,
Lanzó de pronto Rosa
Un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVII.

El ¡ ay! desgarrador, como una espada,
De quien no espera nada ;
¡ Ay! que del corazón en lo más hondo
Las heces amarguísimas remueve
Del cáliz en que bebe
La humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII

Cual mies que cede al ímpetu del viento,
Convulsa, sin aliento,
Levantando sus manos, ya inactivas,
La humilde multitud se postra en tierra,
Y con fervor que aterra
Eleva á Dios sus preces afflictivas.

CXXXLIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
 La majestad reviste
 De su angusta misión el sacro anciano,
 Y humedeciendo el llanto sus mejillas,
 Se dobla de rodillas
 Ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
 Levanta la mirada
 A la celeste bóveda, testigo
 Mudo de tanto horror, y con acento
 Parecido á un lamento:
 ¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI.

Qué vió después la multitud? Ver pudo
 El cielo siempre mudo,
 Desierto el mar, la barca destruída,
 Y una hermosa mujer, rígida y yerta,
 Lo mismo que una muerta,
 En el estéril peñasal tendida.

CXCII.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
Con su postrera lumbre
Baña fúlgido sol desde el ocaso,
Y en hora tal de paz y de misterio,
Al santo cementerio
Una débil mujer dirige el paso.

CXCIII.

Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
Rosa de pronto ajada
En mitad de su alegre primavera,
Bajo el vivaz recuerdo que la excita,
Aquella flor marchita
Ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño
A un escuálido niño
Nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un día
Soñó la fantasía
Del infeliz Mignel, era de andrajos.

CXC.V.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
 Entre la fresca hierba
 Dos fosas busca, se prosterna y ora.
 Y cobrando calor de un seno amante,
 El desvalido infante
 Sus manecitas mueve, y también llora.

CXC.VI.

¡ Ay! ¿ Podrá ser que el leño de la selva
 A engalanarse vuelva?
 ¿ Renovará sus cánticos el ave
 Que dejó la borrasca, herida y muda?
 ¿ La infortunada viuda
 Olvidará algún día? ¡ Dios lo sabe!

CXC.VII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
 El ardiente arrebató
 Del amor, la ilusión que se deshoja,
 La fe que espira, el gozo y el tormento:
 Que el hondo pensamiento,
 Como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
 Cuando tenaz se enreda
Al débil corazón, y en él dilata
Su raíz, como hiedra trepadora,
 Entonces nos devora,
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

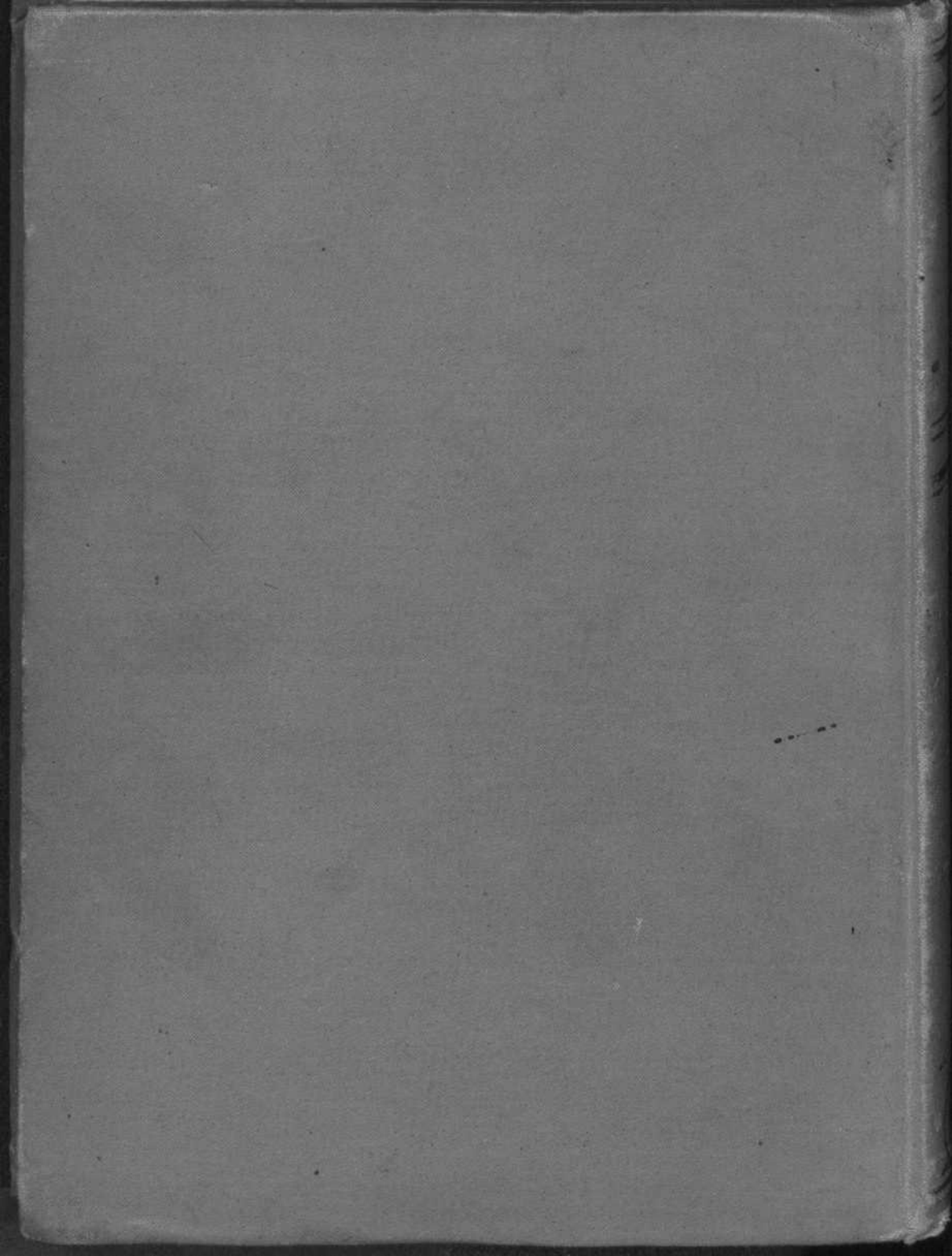
FIN.











NUÑEZ

DE

ARCE

